



glés y la vaga esperanza que había concebido de sustraerle á la muerte, ó al menos, retardar el momento fatal, me determinaron tanto como el interés pecuniario á aceptar su oferta.

—Coronel, le dije, vd. me habla de oro, y yo acepto el honor que vd. me dispensa de agregarme á su persona para el viaje..... ¿cómo diré yo?

—Diga vd. de placer, señor Marcelo Bonneau; pues que debe conducirme á una muerte cierta. Pero, por favor, no perdamos un tiempo precioso, y marchemos lo antes posible. Voy á dar las órdenes convenientes para que todo

esté dispuesto y salgamos mañana mismo de París. Mi intención es no llamar la atención de nadie sobre mi individuo, y viajar sin comitiva alguna: marcharemos los dos solos. Me fio á los buenos cuidados de vd., señor Marcelo Bonneau, para viajar lo mas cómodamente, y sobre todo lo mas rápidamente posible. Cada cual de nosotros dos tiene una mision que cumplir; yo acabo de decir la de usted; la mia, que no es la menos penosa, será la de vivir hasta el momento que lleguemos á las preciosas caídas del Niágara.

Veinte y cuatro horas despues, subiamos á un wagon



Escenas sobre el puente de El Persia, en un día de mar tranquilo.

para que nos condujera al Havre, y tratar de buscar allí los medios de transporte para América. Tal es la historia fiel de mi marcha al NuevoMundo.

¿No tenia yo al principio razon para llamar curiosas las circunstancias de mi viaje, y nuestros lectores no se alegran de que se las hayamos contado?

CAPITULO II.

LA VIDA Á BORDO.—MARAVILLOSO EFECTO DEL MAREO.

La eleccion de un vapor para trasportarse á través del Atlántico, es cosa importante cuando no se va á América,

SEGUNDA SERIE.—1865.

como mi noble compañero de viaje, con la marcada intención de dejar allí sus huesos. Así es que, desde mi llegada al Havre, mi primer cuidado fué el tomar numerosas y útiles noticias sobre las varias líneas de vapores que hacen la travesía á la América del Norte. Entre los muchos vapores que tienen la singularidad de llevar nombre que se termine por la primera letra del alfabeto, como «Europa, Asia, Africa, Persia, Canadá» etc., el mas hermoso, y el que nosotros elegimos, fué el «Persia.» Construido exactamente para pasajeros y viajes rápidos, es todo de hierro. Su forma era relativamente estrecha, y su proa, aguda y perpendicular, hiende el agua como una navaja de afeitar. Los camarotes de primera clase encierran dos camas;

AÑO XXIII. 3.

lós de segunda, cuatro; hacía el medio del buque, es decir, en el sitio en que el movimiento y el balance se deja sentir menos, se encuentra el departamento reservado á las señoras. En este departamento, verdadero santuario, está prohibido penetrar á los hombres; lo mas que conceden las severas matronas, que cual cancerberos humanos defienden la entrada, es permitir á los maridos, ó á los padres y hermanos de las señoras clavadas en el lecho del dolor por el terrible mareo, algunas raras y cortas visitas. Comprenden, además, la necesidad de esta severa consigna á bordo de un buque tan lleno de viajeros como lo están de ordinario los vapores trasatlánticos. ¿Es decir por esto que la galantería no triunfe jamás de los rigores de la consigna, y que el amor pierda todos sus derechos en el mar? No; en tierra como sobre la movable tabla de los buques de vapor, sucede muchas veces que, cuando el lobo no va al rebaño, el rebaño va á buscar al lobo, lo que es exactamente lo mismo.

Usando de la facultad que me había concedido sir James Clinton, de arreglar todos los detalles del viaje sin consultarle, nos dirigimos á Liverpool, para tomar pasaje en «El Persia.»

Un tiempo admirable facilitó esta primera jornada, como preludio de la gran travesía que iba á emprender. La vista de «El Persia» en el momento en que me embarqué, me causó un sentimiento de admiración, al que se mezcló un vago sentimiento de temor y de pesar; de temor, porque sabía cuán ligero peso es el mayor buque sobre una mar turbada por la tempestad; de pesar, porque iba á poner entre el país que me había visto nacer, y donde había dejado parientes y amigos, y donde había obtenido mis primeros triunfos de artista, y un país desconocido para mí, donde apenas comprendía la lengua, y en el que tal vez iba á ser testigo de una horrible catástrofe, el espacio de ochocientas leguas de mar. ¡Yo quisiera conocer los espíritus fuertes que se jactan de subir sin emoción á bordo de un buque que debe llevarles lejos de su patria y á otro hemisferio!

En cuanto á sir James Clinton, el estado enfermizo y desesperado de su alma no le permitían emoción alguna de este género. Tomó posesión de nuestro camarote, que dividí con el fraternalmente.

A medio día, en punto, un cañonazo disparado á bordo de El Persia dió la señal de la partida, y las formidables ruedas del buque describieron los primeros movimientos que debían continuar sin descanso hasta el puerto de Nueva-York. Tranquilo se hallaba el mar, y navegamos todo el día y una parte de la noche sin que los estómagos débiles tuviesen que sufrir por el dulce y armonioso balance de un buque de vapor. Mas serían las tres de la madrugada cuando el viento refrescó de repente, y al amanecer el mar se levantó en olas de la altura de una casa de cinco pisos.

De todos los viajeros que se hallaban á bordo y no habían navegado todavía, yo fui el único cuya salud no sufrió con el horrible movimiento del buque. Sir James Clinton, al contrario, fué el mas enfermo de todos los viajeros; jamás ser humano pagó mas gran tributo á Neptuno. Seguramente no habría aguardado para concluir con su existencia, el ir á las cataratas del Niágara y se hubiera precipitado en el mar, si el estremo abatimiento producido por el mareo, le hubiese permitido levantarse y salir de su camarote para subir al puente. Tanto, que, aunque el mareo no ofrezca generalmente peligro, yo creí que iba á morir de él.

Duró el mal tiempo dos días y tres noches sin descanso. Al tercer día; habiéndose calmado el mar, supuse que el estado del coronel se mejoraría. No sucedió nada de esto; diríase que el infeliz había tragado toda una ola.

¡Cuán lejos estaba yo de sospechar el milagro que habían de obrar en el alma de sir James Clinton los efectos materiales, extraordinarios y prolongados de las violentas sacudidas de El Persia!

En cuanto á mí, jamás me había sentido mejor, y me entretuve con el mayor interés en observar las costumbres, los hábitos y los modales particulares y originales que se tienen en un buque. Si hay un sitio en el mundo en el que las mujeres abdiquen toda coquetería y en el que la etiqueta pierda sus derechos, es seguramente á bordo, durante los primeros días de la travesía. Se ve á las pasajeras, jóvenes y viejas, pasearse sobre el puente, del brazo de un oficial, vestidas de gruesas capas y capuchones poco elegantes, sus cabellos en desórden, sus botitas á medio atacar, y, ¿me atreveré á decirlo? muchas veces una jofaina de metal se halla cerca del banco á donde vienen á sentarse dando traspiés, y donde se completa, con frecuencia, ¡ay! el desenlace de una catástrofe, prevista por la palidez de la víctima y su forzado mutismo. Muchas veces las mujeres animosas que luchan sobre el puente contra la fatal violencia del buque, unida á la trepidación perpetua de la máquina, se ven forzadas á ir á aumentar el número de las desgraciadas, cuyos sordos gemidos se oyen escaparse por las aberturas de las ventanitas, cual una queja vana que se lleva el viento del Océano. En llegando el buen tiempo, y tranquilo el mar, se consolidan los estómagos, y todo se transforma á bordo por encanto. Las mujeres se adornan y parecen resucitar; salen de todas las aberturas del navio como los caracoles salen de debajo de la tierra á los primeros rayos de un sol de primavera, para ir á conversar sobre el puente, ó á acabar una obra comenzada de bordado. En aquellos momentos de embellecimiento es cuando nacen secretas pasiones, que se hacen espresivas á la llegada, y que muchas veces se ven coronadas por el matrimonio. La conversacion no es el solo placer que se disfruta á bordo en los días de calma, bastante frecuentes desde el mes de junio hasta el equinoccio de setiembre; algunas veces está el mar liso y terso como un espejo, lo que haría desesperar á los buques de vela y es para los de vapor la condicion mas favorable de marcha, no sintiéndose en este caso otro movimiento en el tambor que el de la máquina; todo el mundo está entonces alegre, y muchas veces se organiza un baile sobre el puente. Siempre se encuentra á bordo uno ó muchos músicos, ora entre los pasajeros, ora entre la tripulacion. A falta de todo instrumento, se usan recursos naturales para formar una orquesta; los unos cantan, los otros silban, y otros marcan con palmadas el compás y el ritmo.

El servicio de mesa, á bordo de los vapores ingleses, particularmente de El Persia, es de un lujo de príncipes. La mesa está cubierta de bajilla de plata cincelada, y nada deja que desear al lujo. Los helados son abundantes, y se sirven durante todo el pasaje. Entran en el precio de éste, que es de setecientos cincuenta francos, por primera clase, y de trescientos setenta y cinco por la segunda. Los vinos son como extraordinario, y se venden muy caros.

Después de las comidas se juega á las cartas, y lo que no debía ser mas que un simple entretenimiento suele degenerar en una pasión culpable. No es raro ver gentes que se arruinan durante los nueve ó diez días que tardan ordi-

nariamente los vapores en pasar el Océano. Solo el capitán tendría autoridad para evitarlo, pero está demasiado ocupado en la dirección del buque para vigilar á los viajeros, abandonados á sí propios.

También hay en los vapores una selecta biblioteca, en donde se hallan libros en todos los idiomas.

Lo que hay que temer mas en el mar, es el fuego; así es que se adoptan las precauciones mas minuciosas para evitar accidentes de esta naturaleza. Solo tiene el derecho de abrir los recipientes de cristal muy espeso que encierran las bujías con que se iluminan los camarotes, el «steward.» A las once de la noche se apagan las luces, y á esta hora deben estar acostados los viajeros. Si alguno quiere velar sobre el puente mas allá del tiempo fijado, encuentra su camarote cerrado con llave, y se ve precisado á dormir al sereno cuando no llueve, ó recurrir al steward. La tarifa de estas complacencias está fijada en un dollar (20 reales). Guesta mucho mas caro cuando, contra lo que previenen los reglamentos, se le permite á uno fumar en la cama. Los fumadores son tanto mas culpables cuando infringen esta prudente disposicion, porque al extremo del buque, cerca del timon, hay un cuarto reservado para esto.

Por la mañana los viajeros invaden los salones de peluquería en donde hábiles barberos le afeitan á uno y le rizan el pelo, á pesar del balance del buque, con mano segura y ligera.

Los capitanes de los buques trasatlánticos tienen de paga de veinticinco á treinta mil francos por año. Tienen tambien otros beneficios, como por ejemplo, trasportar á Inglaterra caza americana, muy apreciada en Londres y que conservan fresca en hielo, de la que todos los vapores están abundantemente provistos. También reciben de los viajeros numerosos, y á veces ricos regalos, en testimonio de reconocimiento por el buen cuidado que han tenido con ellos. El número de oficiales á bordo en los vapores ingleses, por término medio, es de diez á doce, comprendido el servicio de la máquina. Estos oficiales proceden de la marina real y llevan su uniforme. En ninguna parte como en un buque se marcan y reflejan mas las desigualdades de condicion. El capitán, después de Dios, es el amo, y un soberbio autócrata, cuyas palabras son pausadas y todos los gestos estudiados. Diariamente, al medio día, sube sobre el puente seguido de un joven aspirante con uniforme. El aspirante lleva la caja con los instrumentos necesarios para tomar la altura. El capitán abre gravemente aquella caja, saca su cuarto de círculo, que siempre es mas fino y mas rico que el de los oficiales que le rodean y observan con él.

El ingeniero en jefe tiene la misma paga que el capitán; sus funciones son tan importantes como las de este último. Mientras que por la noche reposa en su camarote el capitán, decorado con el mayor lujo, el ingeniero en jefe vigila el servicio tan difícil como peligroso y penoso de la máquina. Jamás se presenta sobre el puente; así se sorprende uno al verle sobre el tambor vestido con su rico uniforme en los cortos momentos en que el buque ha llegado á su destino y va á atracar en el puerto.

Llevan tambien su contador, «purser,» que es el que debe velar porque no falten las provisiones de toda especie; el que cuida de los fardos y el que cobra.

El marido de una vieja inglesa, consumido por una enfermedad de que se hallaba atacado hacia mucho tiempo, se murió. El uso invariable en semejantes casos es el de arrojar el cadáver al mar, después de haberle atado á los pies una bala de cañon y haberle dicho sin pompa alguna una

oracion por el descanso de su alma. Pero la pobre viuda, que queria tener el supremo consuelo de llorar sobre la tumba del difunto, suplicó de una manera tan patética al capitán que conservase el cuerpo de su marido hasta la llegada, que cedió á sus instancias; el cuerpo no se arrojó al mar. Acordaron entonces secretamente ponerlo en donde estaba el hielo; pero hubo quien lo supo, y como todo el mundo hacia un uso constante del hielo para refrescar la bebidas, y el agua misma que se bebía, no era otra cosa mas que el hielo fundido y sacado de aquel mismo, pero en donde el marido de la inglesa se conservaba piadosamente, hubo entre los pasajeros una especie de motin de gritos y de indignacion general. Gran número de señoras se aprovecharon de aquella ocasion para ponerse malas y exhibir sus gracias bajo un nuevo punto de vista, y probar así la sensibilidad de sus nervios. El capitán calificó aquella noticia de extravagante fábula, pero desde aquel momento pocas personas hicieron uso del hielo, y todo el mundo bebió vino. Yo he pensado para mí, que el despensero del buque no era extraño á esta invencion, que se tradujo en grandes beneficios para él.

Habíamos llegado al octavo día de la travesía, y me daba pena el ver lo débil, lo pálido y lo demacrado que iba el coronel. Hubiérase dicho que era un cadáver sin los frecuentes accesos, por los que daba señales de vida. Todos los cuidados que el steward y yo le prodigábamos, eran impotentes para combatir aquel terrible mareo, que le hubiera ciertamente muerto á poco que se hubiera prolongado la travesía. Animo, ánimo, coronel, le decía yo de tiempo en tiempo; y llegamos, y yo decía esto sin pensar que el desgraciado no queria llegar á América sino para concluir con la vida. Desde este octavo día, se fijaron todas las miradas en el horizonte, para tratar de descubrir el buque piloto que habia de salir á recibirnos; pero nada apareció hasta la noche. Habiendo entrado los viajeros como de costumbre á las once, en sus camarotes, yo quise velar mas tiempo sobre el puente, con la esperanza de ver llegar el deseado buque para ser testigo de la operacion curiosa y atrevida de abordarle. Me vi ampliamente recompensado por mi paciencia. Hacia media noche, oí, no sin alguna emocion, al vijia que observaba en lo alto de su mástil, gritar con una voz débil, pero solemne: «¡Light, oh! ¡Luz oh!» En el mismo instante, senti disminuirse la velocidad del vapor. Corrí hacia delante, pero no pude ver nada; los hombres del arte me aseguraron que se habia visto una luz, y que segun todas las probabilidades, era la luz del piloto. Miré en la direccion indicada y vi aparecer para desaparecer inmediatamente una luz apenas perceptible. Volvió á aparecer algunos instantes después, y cada vez fué siendo mas frecuente y mas sensible. Era, como se supone, el buque piloto que marchaba derecho hacia nosotros á toda vela. Pregunté al oficial de cuarto, á qué distancia de tierra nos hallábamos.—«A ochenta millas del cabo Razza, me respondió.» El cabo Razza es la tierra americana mas avanzada en el mar. Este hecho solo, puede dar una idea del atrevimiento de los pilotos americanos, cuyas embarcaciones además, admirablemente construidas, no son mas grandes que ciertas lanchas para rio. La operacion de abordar y arrimarse al buque cuando el mar está agitado, es muy difícil y peligrosa, sobre todo de noche. Al lado del vapor, que parece sólidamente sentado sobre las olas, el buque piloto hace el efecto de una cáscara de nuez, que un choque contra el inmenso buque va á hacer mil pedazos.

No sin temor vi acercarse al borde de éste, la ligera embarcacion azotada por el mar de un modo desordenado. Tan

pronto la barca, siguiendo la impulsión ascendente de la ola, parecía flotar sobre un punto, como la corona de un obelisco líquido que cubría hasta su quilla; tan pronto, al contrario, precipitada en un abismo desaparecía á la vista enteramente entre dos montañas espesas y furiosas. Cuanto mas la barca se aproximaba al vapor, mas interesante era el espectáculo. A veces, al ver la embarcación sobre la cúspide de la ola, ó bien bajo de el puente de nuestro buque, podía temerse que la lancha viniera á caer á bordo y hacerse mil pedazos contra una de las paredes de el buque, como desgraciadamente ha sucedido algunas veces. Por último, la habilidad del piloto iba á poner un término á mi ansiedad. Aprovechando un instante favorable, en el que la lancha se encontraba al nivel de la escala del mástil, la cogió al vuelo, por decirlo así, con tanta audacia como fortuna, y la pequeña embarcación virando de bordo, inmediatamente se alejó con rapidez del vapor, en busca de algun otro buque.

Cada buque lleva muchos pilotos que no vuelven al puerto de embarque, sino para tomar otros.

A la mañana siguiente, muy temprano, se estendió el rumor en todo el buque, de que teníamos un piloto, y la mayor parte de los viajeros quisieron contemplar el rostro del primer americano. Un gran número de ellos le dirigieron preguntas relativas á Nueva York, y otros le pidieron periódicos americanos, sin duda para enterarse del precio de las mercancías. Este día, el capitán nos anunció que si no nos sucedía alguna desgracia, desembarcaríamos á la mañana siguiente en Nueva York. En consecuencia, y segun el uso de todos los buques trasatlánticos, nos ofreció una comida con el obligado acompañamiento del Champagne. A los postres, uno de los viajeros se levantó y propuso un brindis en honor del capitán. Corrió abundante el vino en los vasos, y segun la costumbre de América, cuando se quiere honrar tanto como es posible á una persona á cuya salud se bebe, le hacen de comun acuerdo las exclamaciones siguientes:

(Media voz.) ¡Hip, hip, hip, hourrah!

(Fuerte.) ¡Hip, hip, hip, hourrah!

(Fuertísimo.) ¡Hip, hip, hip, hourrah!

El capitán dió gracias con un buen sentido «speech» y los hip y los hourrah comenzaron otra vez mas fuertes y con los matices que acabo de indicar.

En cuanto amaneció el día, todos pudieron ver la tierra americana desarrollarse en el horizonte, como una nube fantástica. Gracias á la rapidez de «El Persia», que hacia veinte millas por hora; en un momento la nube bien pronto presentó una fisonomía accidentada. Distinguimos á la simple vista, verdes praderas donde pacían rebaños, lindas casas sembradas pintorescamente sobre las colinas, y sentimos el embriagador y fortificante olor de tierra, olor que no se puede apreciar sino en el mar, despues de una travesía de varios días. Yo quise hacer gozar á sir James Clinton de este espectáculo; pero se hallaba tan débil, que nos vimos obligados á vestirle entre dos y ayudarle, llevándole por debajo de los brazos, á subir al puente. Al contemplar aquel tan rico y brillante espectáculo de la naturaleza, no pudo contener una exclamación de placer como un niño, y cogiéndome las manos con efusión, me dijo:

—Hubiera sido un insensato al querer morir, y os debo a vida.

—Coronel, le respondí muy conmovido, sus palabras de usted me causan mucho bien. ¿No iremos ya á la catarata del Niágara?

—Sí tal, iremos; pero será solo para contemplarla, teniendo buen cuidado de no aventurarnos mucho, no resbalemos.

El coronel se habia completamente y para siempre curado del «spleen». La inmensa bilis escapada del cuerpo violentamente, durante nueve días, que era evidentemente la causa de aquella triste disposición de su alma, cambió las sensaciones de esta; no existiendo la causa, cesó inmediatamente el efecto. El coronel adivinó mi asombro, y me dijo:

—He aquí lo que somos, amigo mio. Un motivo cualquiera cambia las disposiciones de nuestra alma: una sangría nos quita el valor; una purga basta á veces para modificar profundamente la mas exaltada pasión. ¿Cómo á vista de estas palpables verdades, puede el hombre mostrarse orgulloso?

Por toda respuesta á esta salida filosófica, abracé con efusión al coronel; me pareció que era ya un objeto de mi propiedad, porque gracias al mareo, habia abandonado sus criminales proyectos, y yo le amaba, casi como se ama á un hijo. Algunos momentos mas tarde, el vapor se hallaba amarrado al muelle.

Estábamos en Nueva York.

(Se continuará).

DEL ETNA AL ATLAS.

El que levante sus miradas al hermoso y risueño cielo de la sícula tierra, sentirá arrojarse el alma en un éxtasis delicioso; el que vuelva sus ojos á los lozanos vergeles de mi amada patria, sentirá latir su corazón de placer y alegría. Halagados los sentidos con la vista encantadora de sus campos; con el canto de las avecillas, adornadas de plumas matizadas de varios colores; con el balido de los cabritillos que brincan en medio de los verdes céspedes; con el mugir lejano de los toros y el flébil sonido de sus esquilonas, exclamará con maravilla: «¡Fué colocado aquí ciertamente el Eden por la misma mano del Creador!» ¡Ah! todas las provincias de Italia disfrutan de tan hermoso cielo; todas sus provincias tienen los mismos encantos, y el que creyera exageradas ó hiperbólicas mis palabras, recordará el famoso discurso pronunciado por el célebre Lamartine en las Cámaras francesas de 1848, uno de cuyos trozos es este que trascribimos á continuación: «Se necesita haber vivido largos años en Italia, como yo he vivido, para apreciar justamente ese manantial de civilización perenne, esa tierra clásica, que encierra los monumentos maravillosos de Grecia y Roma, ese pueblo, cuya grandeza y cultura se pierden en las tinieblas de los siglos que pasaron.» Pero vamos á recorrer ahora con la sola fuerza de nuestra imaginación la isla de Sicilia, objeto de las mas altas inspiraciones del poeta y del orador.

El sordo rechinar de vuestro barco, queridos viajeros, se acalla, desaparecieron ya las llamas de la hoguera que dilatada con su fuerza el vapor, y solo una columna de humo se levanta aun por lo vasto de los aires, mientras que el ancla detiene en medio de las olas azules y argentadas la máquina que os ha trasladado de países lejanos al puerto de Palermo. Centenares de barquichuelos os rodean, y vosotros, alegres viajeros, entrando en ellos os dirigís á la estrema orilla del mar, en donde os espera una multitud apiñada, y de la cual solo podreis libertaros con trabajo, escogiendo á alguno que lleve vuestra maleta y os conduzca á un albergue.

Despues de breves horas de reposo, venid conmigo al

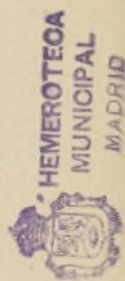
Foro Borbónico, y mirad en todo su resplandor la vasta marina de Palermo, contemplad con asombro la perspectiva de su horizonte despejado y risueño. Aquellos grandes peñascos negros y erizados que veis á lo lejos, son el «Monte Pelegrino», en donde está el templo de Santa Rosalía, patrona de los palermitanos. Mirad esa larga fachada de palacios magníficos, situados en frente del mar, y que embelecen en gran manera el Foro Borbónico, pertenecen todos á los mas altos patricios. El ameno jardín que sigue á la larga fachada, se llama «Vila Julia», y está adornado de estatuas de blanco mármol, de largos paseos alfombrados de flores, de árboles espesos y frondosos, de fuentes limpias y claras, abundantes en peces, y que ofrecen el espectáculo encantador de cascadas muy caprichosas. Parece que la naturaleza, estremecida de horror por un hecho terrible, queriendo borrar en parte su memoria, inspiró á un genio bienhechor la idea de colocar el delicioso jardín en el sitio en donde fué ejecutado el último sangriento auto de fé en Sicilia. Fueron allí quemados un fraile, llamado Romualdo, y una religiosa, llamada Gertrudis, porque no tuvieron bastante virtud para vencer sus inclinaciones de afecto y ternura. Junto á la «Vila Julia» está el Jardín Botánico, uno de los mejores de la moderna Europa. Mirad ahora los grandes invernáculos, que encierran y alimentan con su calor plantas que se producen en climas muy remotos y diferentes de los nuestros. El hombre se apodera de todo lo creado, y con la fuerza de su inteligencia lo sujeta todo hasta mandar los elementos. Pero, hermosas niñas, no arrimeis vuestra delicada mano á esa flor tan bella, que bajo la hermosura se oculta no pocas veces la fiera ponzoña: vosotras lo sabeis mejor que yo. Mirad desde lejos aquel árbol tan grande, cercado de una doble tapia y cuyo verdor os enamora. El nace en aquellas regiones voluptuosas del Indostan que habitaba el príncipe Djalma, cuyos amores con Adriana de Cardoville conocen los que leyeron en otro tiempo el famoso «Judío Errante», que murió en mantillas para no resucitar jamás. La frescura que esparcen alrededor sus hojas lozanas y verdes es venenosa y mortífera: no os acerqueis. Tocad mas bien esta plantecilla, y mirad como toda se contrae con la ligera aproximación de vuestros dedos. Esta planta, á la que llaman los botánicos «Noli me tangere», es el símbolo mas significativo de vuestro pudor. Aquellos animalitos que cubren las ramas de un tierno arbusto, y cuyas alitas flexibles son tan relucientes que parecen de verde esmalte, sirven para curar muchas enfermedades. Sus cuerpecillos contienen la cantárida, que con fuerza cáustica extrae de nuestro cuerpo los malos humores, que suelen causar graves dolencias.

Pero dejemos el Jardín Botánico, sus yerbas medicinales, sus anchos invernáculos, sus raras plantas, y vamos á entrar nuevamente en la ciudad por la puerta que está enfrente, y que lleva el título pomposo de «Puerta Real.» La fábrica, situada á su lado izquierdo, es un convento de vírgenes que observan la austera disciplina de Santa Teresa de Jesús, cuyo nombre luce mucho en los fastos religiosos y literarios de España. Alzad vuestros ojos hacia la puerta de la iglesia, y fijad vuestras miradas en aquella concha de gran tamaño y de blanco mármol, que representa el nacimiento de nuestro Redentor. La concha que veis, la Virgen, San José y el Niño-Dios, es todo de una sola pieza. Algunos ingleses, sorprendidos por su rareza, se ofrecieron á comprarla al peso de igual cantidad de plata; pero las religiosas contestaron «que solo la venderían calculando su peso en quilates de oro,» por lo que las partes no se avinieron.

Pero ¿por qué os deteneis, queridos viajeros?—Seguimos nuestro camino. Mirad ahora este crucero donde hemos llegado, que divide á Palermo en cuatro barrios iguales: su punto del centro se llama «I quattro cantoni,» y las calles que se cruzan llevan los nombres de «Toledo» y «Macqueda,» que nos legó como noble herencia la España, cuando en tiempos remotos fué reina del mundo. En la última estremidad de la de Toledo, junto á una puerta que lleva el título de «Nueva,» está situado el Palacio Real. El edificio es noble; está amueblado lujosamente en su interior, y su perspectiva es magnífica; pero nada merece tanto aprecio como su vasta cuadra. No frunzáis las cejas, y oidme. En donde ahora relinchan los caballos se convocaron por los reyes normandos los primeros parlamentos de Sicilia, que puede gloriarse de haber tenido su constitución, mientras que era salvaje la Inglaterra y bárbara la Francia. Allí se discutieron los grandes proyectos de leyes nuevas y muy oportunas para el bienestar del pueblo; se echaron allí los cimientos de un nuevo derecho público para la Sicilia. Mirad también con alguna detención la magnífica Catedral que está muy cerca del régio alcázar, y cuyo exterior representa las formas de un imponente edificio gótico. Mirad la «Plaza Villena» y su inmensa fuente, el magnífico templo de San José, la Universidad, los teatros públicos y la Casa de locos, á media legua de la población, y colocada en un sitio que inspira amenidad y dulzura por la pureza del aire, por los jardines que la rodean y por el silencio y la tranquilidad que reinan en todo su recinto. Pero dejemos ahora la ciudad de Palermo, y vamos á describir otras de la isla de Sicilia, ricas de antiguas reminiscencias y monumentos históricos: descuella entre ellas la noble Siracusa.

Su anchuroso y magnífico puerto es uno de los mas espaciosos y seguros del Mediterráneo: tan luego como desembarqueis, acordaos que en esa ciudad reinó aquel Dionisio, cuyo poder y cuyas numerosas fuerzas hicieron temblar las repúblicas helénicas cuando mas florecían en ellas las armas, las letras y las bellas artes. Acordaos que hizo allí larga morada uno de los filósofos mas sábios de Grecia, el divino Platon, cuyas doctrinas han dado mucho realce á la filosofía alemana de nuestra época. No olvidéis que hizo resonar en Siracusa los celestiales acordes de su lira el poeta Simónides; y que tuvieron allí su origen, mas bien que en la docta Atenas, (como vulgares escritores dejaron consignado), la comedia griega con Epicarmo, y el arte mimico, que ha llegado á su apogeo en estos últimos tiempos. Acordaos que Timoleon exhaló allí su último suspiro, bajando á la tumba con su frente ceñida de inmarcesibles laureles, por haber quebrantado las cadenas de la esclavitud que oprimían á Siracusa, y que fué natural de la misma ciudad Arquímedes, ese genio de todos los siglos, cuyos vastos conocimientos y cuyas sublimes invenciones contemplan aun con asombro los que mas sobresalen en las ciencias físicas y en la mecánica. Pero ¡cuán percedera y fugaz es la grandeza de los imperios! El tiempo destructor, que lo sepulta todo en los abismos insondables de las tinieblas y del silencio, ha borrado toda huella de magnificencia en la moderna Siracusa, y nos ha dejado solo como una muestra de aquella ciudad reina, parte de una fortaleza, llamada el «Acrópolis,» y poblada por diez y seis mil habitantes, los cuales recuerdan aun con fiereza las glorias de sus antepasados.

En la vasta campiña de Siracusa, vereis, amables viajeros, los restos de sus antiguos templos y de sus régios alcázares, que fueron un verdadero prodigio del arte, como



lo demuestran las pocas columnas, los peristilos y chapiteles que se encuentran todavía, y que en aquella soledad pueden compararse á las momias del desierto, que resisten á los embates de los siglos, y quedan como un testimonio de las numerosas caravanas que lo atravesaron. Vereis también levantarse en medio de los campos verdes una escalerilla, y poco mas allá una larga pared, que le sirve como de faja; el que se arrime á esta última, y hable en voz baja, oirá retumbar sus palabras hácia lo alto. Esta es la tan grande y celebrada «Oreja de Dionisio,» de la cual habreis oído acaso hablar repetidas veces: famosa prision de Estado, que había hecho fabricar aquel tirano con mucho artificio bajo su mismo palacio, para oír distinta y claramente las palabras injuriosas y los lamentos de los presos que hablaban con libertad, confiados en que estarían solos.

La fuente Aretusa, cuyos amores con el río Alfeo cantaron los mas esclarecidos vates de la antigua Grecia, está rodeada hoy de cenagosos charcos y gruesas piedras, que sirven de apoyo á las descalzas lavanderas que van allí á limpiar su ropa.

A seis leguas de la noble Siracusa, encontrareis en la escarpada cuesta de una montaña la ciudad de Noto, la cual nada ofrece que pueda satisfacer vuestra curiosidad, á no ser la noble perspectiva de algunas casas pertenecientes á ricos propietarios, y la amenidad de sus vergeles y de sus fructíferos jardines. Pero no quiero pasar por alto que en el fronton de la Academia noticense está colocada la figura de un asno en actitud de comer las hojas de una rosa, queriendo aludir con semejante blason nuestros académicos al «Asno de oro» de Apuleyo, lindísimo apólogo en que el autor cuenta que su manso protagonista, al comer las hojas de la suave rosa, volvió á tomar, por virtud mágica, la humana forma que había perdido. Pero ese blason es muy perjudicial á los académicos noticenses, porque, atendida su crasa ignorancia, se cree con fundamento, que todos se hayan convertido de antemano, y por disposición divina, en grandes asnos, sin la mas leve sospecha de que la mágica rosa les haga reconquistar su figura.

Dejando Noto y sus vergeles, os trasladareis, amables viajeros, á la ciudad de Catania, que está fabricada en las fértiles llanuras que sirven de falda al Etna flamante, y se estienden con variado espectáculo y como en un bello panorama, hasta las playas solitarias de un mar borrascoso y turbio. Cuando el volcan que eleva su nevosa cumbre hasta las nubes, se prepara para vomitar las llamas interiores que lo agitan, se oye un sordo murmullo subterráneo en la ciudad de Catania y en todos los pueblos que rodean el monte; se oyen á lo lejos fuertes detonaciones, que aterran á todos los habitantes de aquella comarca, y por último se ve bajar desde lo alto del Etna un río de encendida lava: fenómeno maravilloso, y espresado con mucha energía por Espronceda en estos dos lindísimos versos:

Allí torrentes de lava
Lanza mugente volcan.

Si quereis, amigos viajeros, mirar mas de cerca aquella famosa montaña; si quereis visitar sus aldeas, sus ricos viñedos, sus bosques espesos y sombríos, sus plantas raras y peregrinas; si quereis cazar las alimañas que allí se crían y observar las especies diferentes de la lava del Etna, que los artifices cataneses suelen transformar en preciosas sortijas, en elegantes alfileres, en ricas pulseras y en piedras

lucidísimas, caprichosamente matizadas, podreis satisfacer vuestro deseo tan solo en los meses mas calurosos del estío, porque en cualquier otro tiempo os sentireis acometidos en el curso de vuestro viaje por todos los rigores del invierno mas cruel, que os impedirá llegar hasta su cráter, descrito por los vates de la antigüedad con colores terribles, y llamado «Boca del negro Tártaro.» En las internas concavidades de aquel monte, se oye de vez en cuando un fuerte estruendo, ó el retumbar de fieros golpes muy parecidos á una descarga de fusilería. Empedocles agrigentino, según refieren algunos historiadores de la docta Grecia, arrebatado de coraje por no haber podido comprender el fenómeno que llevamos espuesto, se abalanzó á los abismos profundos del Etna, pronunciando estas palabras muy significativas: «La naturaleza se quiere escapar á mis investigaciones, pero yo voy á buscarla hasta en sus entrañas.»

Nobles y majestuosos son los edificios que adornan la noble ciudad de Catania, su cielo es despejado y risueño, su clima muy saludable, su territorio abundante en todo género de productos, y sus manufacturas de seda, muy ricas, pueden sostener la concurrencia con las mejores de Génova y Francia.

Los preclaros profesores que dictan sus lecciones en la universidad de Catania, y el crecido número de sabios que han florecido en aquella ciudad en todas las épocas, le han granjeado el afecto de los doctos europeos, que le han dado el nombre magnífico de Atenas de Sicilia.

Peró despues de haber observado todo lo que ofrece de mas notable y peregrino el Etna y Catania, os trasladareis, amigos viajeros, á la bella Mesina. Entonces se desplegará á vuestra vista un paisaje tan variado cuanto nuevo, que reúne en su larga perspectiva todos los encantos de una brillante naturaleza, tal como suelen describirla los vates con viveza de colores y brio, hablando de los siglos de oro y de los placeres de la vida rústica y campestre. Entonces vereis por do quiera, durante vuestro camino, cabañas cubiertas de pámpanos verdes, aldeas y lugarcillos poblados de labradores, amenos jardines, viñedos y praderas en donde pastan los ricos ganados que hacen resonar el aire con sus balidos, mientras que el zagal, recostado á la sombra de un frondoso castaño, toca su flauta, como los antiguos pastores de Teócrito, y á cuya armonía responden los pajarillos con sus arpadas lenguas.

Diez leguas antes de llegar á Mesina, encontrareis el cabo de «Santo Alesio,» que parece haber sido creado por la naturaleza en un momento de paz y alegría. El ancho mar besa con suave murmullo las gigantescas rocas que le sirven de dique, y parece conjurarlas para que no se despeñen en su cristalino seno. Los barquichuelos, que atraviesan el cabo, las canciones de los marineros que van á la pesca, el revolotear de las aves que desfloran en su derredor las aguas espumosas del mar, recuerdan algunas de las delicadas escenas de la virgen América, que nos describe Fenimore Cooper con su pluma de oro.

Las islas son las hijas primogénitas y privilegiadas de la naturaleza. Acordaos, amables viajeros, que Vénus acompañada de las Gracias y de los Amores, salió en su concha de marfil de las olas que bañan la voluptuosa Chipre, y que el esforzado guerrero Napoleón el Grande, nació en otra isla.

Mesina llama en gran manera la atención por su planta topográfica, muy oportuna para dominar el comercio de Levante y del mar Jónico, por la seguridad de su espacioso

puerto poblado siempre de un crecido número de buques, por la magnificencia de sus palacios y la limpieza de sus calles, por el aseo de sus habitantes, por la hermosura y gracias del bello sexo y por su ciudadela, que es una de las fortalezas mas inespugnables de Europa.

Al ponerse el sol, descubriréis, amigos viajeros, desde el puerto de Mesina, todas las ciudades de la próxima costa de Calabria, cuyas largas fachadas y verde campiña parecen cubiertas de un tapiz ligero y trasparente de fino oro, que hace un admirable contraste con el azul turquí de la bóveda celeste.

En la isla de Sicilia, tierra no menos clásica que Grecia y Roma, encontrareis á cada paso preciosidades arqueológicas y monumentos (1) que recuerdan su antigua grandeza y mucho esplendor, como las «cuevas de Agrigento,» llamadas en griego lenguaje «hipógeos,» los templos de Júpiter Olímpico y de la Concordia, que pertenecen á la misma ciudad, patria del célebre Empedocles, cuyo nombre ya conocéis, el teatro y los acueductos de Taormina, destruida por los sarracenos. Pero en vuestra escursión, amigos viajeros, visitad también á «Argyrium,» hoy Argiró, tierra nativa del inmortal historiador Diodoro Sículo, que ocupa un puesto preferente entre los escritores griegos del reinado de Augusto.

En la costa occidental de Sicilia las ciudades mas notables son Trápani, populosa y rica por su abundante pesca de corales, la pequeña ciudad del Monte San Julian, antigua Erice, famosa por su templo dedicado á Venus, diosa protectora de sus antiguos habitantes, y por haber muerto en ella Anquises, padre del PIADOSO ENEAS, cuya memoria ha trasmitido con brillo á la posteridad el Vate Mantuano. Visitareis también á Marsala, rica por su vasto y activo comercio de vinos muy esquisitos, y contemplareis con dolor su antiguo puerto destruido y colmado con gruesas piedras por mandato y disposición de Carlos V, á fin de impedir la piratería de los crueles africanos de las costas berberiscas, tan accesibles hoy á los europeos, como todos los demás países. En la ciudad de Marsala, última tierra italiana del famoso cabo Lilibeo, os embarcareis para pasar al Africa, y en el breve término de diez y ocho horas echareis el ancla en el puerto de Tunez. Entonces creereis, amigos viajeros, haber sido trasladados por arte mágico á tierras muy desconocidas, tan grande es la diferencia que media de costumbres, hábitos, usos, religion y lengua entre Sicilia y Berberia. Por do quiera encontrareis hombres que llevan sus cabezas envueltas en grandes turbantes, vestidos con anchas bragas, y con chaquetas azules, bordadas de oro, y calzados con chinelas encarnadas ó amarillas. Sus nombres son Amilek, Mahomet, Omar, Ali, Mustafá; su habla es armoniosa, pero gutural. Las calles de Tunez son angostas y sucias, y las casas no tienen balcones ni ventanas exteriores. Todos los viernes en la principal plaza de Tunez, se hace almoneda de un crecido número de hombres y mujeres, que se ponen en venta como un vil rebaño. Las mahometanas y judías que van por la calle se tapan el rostro con un gran capuchon, que apenas deja entrever por dos agujeros sus centellantes pupilas, y las judías conservan aun el modelo de los trajes de Rebeca y Sara. Si la muerte con su fata guadaña ha cortado el hilo de la vida á sus amados esposos, para dar á conocer su estado de viudez, se adornan la ca-

beza con largos birretes de fino hierro y muy parecidos á las mitras de nuestros obispos. Todas esas hijas de Israel, el viernes al amanecer van al paraje en donde están las tumbas de sus antepasados, y arrodillándose en aquel cementerio con los cabellos destrenzados y cara demudada, rompen en destemplado llanto, y se dan fieros golpes sobre el pecho, hasta que despunten los primeros rayos del sol. Esta ceremonia judáica, muy general en todas las costas berberiscas, es tierna y conmovedora, al paso que es muy ridícula y supersticiosa la que practican los mismos israelitas, cuando fallece alguno de su familia. Entonces vierten solícitamente toda el agua que tienen reservada en sus casas, fundados en una antigua tradicion del Talmud, la cual dice, que el ángel exterminador sumerge su espada en el agua despues de haber muerto al hombre ó la mujer, que acaba de exhalar el último suspiro.

Ni las sinagogas judáicas, ni las mezquitas de los mahometanos, amados viajeros, ofrecen á la vista la augusta magnificencia de nuestros templos, que infunden veneración y respeto religioso. En las primeras se ve un púlpito en donde suele colocarse el rabino, que lee la Sagrada Escritura á sus cohermanos; los cuales, sentados en bancos de madera, le escuchan silenciosamente. En las segundas, que representan un edificio de forma oval en su interior, tapizado con largas y grandes esteras, hay un poyo en el fondo, que sirve de norte á los musulmanes para dirigir sus plegarias al Altísimo, vueltos siempre hácia el Oriente.

En todas las costas berberiscas, á excepcion de la Argelia, que no merece hasta cierto punto el nombre de «Nueva Francia,» reinan la mas asquerosa barbarie y la mas grosera superstición. Los habitantes prestan aun viva fé á las brujerías, á los sortilegios y á toda especie de vaticinios. El que tiene la autoridad suprema del Estado, sea con el pomposo título de emperador, como en Marruecos, ó con el de dey, como en Tunez y Tripoli, manda arrogante y despóticamente. El cadí falla sin apelación ninguna sobre la vida y la hacienda de los particulares; y el Mufti estiende su jurisdicción con el orgullo de la mas estúpida ignorancia sobre el dogma y la sagrada disciplina. En esos países yacen los hombres en el mas torpe envilecimiento y las mujeres en miserable esclavitud.

No quiero pasar por alto, sin embargo, amables viajeros, que Tunez, aunque poblado por árabes musulmanes, es mucho menos bárbaro que todos los demás países mahometanos de las costas berberiscas, y el barrio en que está la iglesia, fundada por San Luis, rey de Francia, presenta un aspecto enteramente europeo.

Pero, recorriendo ya parte de Africa, se desplegará á vuestra vista la gran cadena del Atlas, muy conocido por los antiguos, y celebrado por los vates de la gentilidad; los cuales, llevados en alas de su fantasía, y persuadidos de que el Atlas era la montaña mas elevada del globo, dijeron que sostenia el cielo con sus espaldas. Esa inmensa cadena, cuya cumbre está siempre cubierta de nieve, atraviesa todas las costas berberiscas, y tiene en sus faldas muchos puertos, que facilitan el comercio entre los varios países africanos. El Atlas no abunda en productos ni es un volcan como el Etna, pero alimenta animales feroces, y muy propios del Africa.

Una larga escursión por Sicilia y las costas berberiscas ofrece, amados viajeros, una multitud de objetos importantes y curiosos, os digo, no obstante, que no debeis poner término á vuestro viaje sin visitar la isla de Malta, que parece haber sido colocada por la naturaleza entre Poniente y

(1) Los que quieran conocer todas las antigüedades artísticas y monumentales de Sicilia, podrán consultar la obra muy apreciable de Domingo Lo-faso, príncipe de Piedra Santa, y cuyo título es este: «*Antigüedades ilustradas de la Sicilia.*»

Levante para servir de clave y depósito al gran comercio europeo con el Oriente. Su situación topográfica y sus maravillosos puertos la dan mucha importancia, y la Gran Bretaña, que hoy la posee, la ha otorgado exenciones y privilegios, porque la considera, con sobrada justicia, como una de sus mejores colonias.

Vereis en Valetta, capital de la isla, el magnífico palacio de los Grandes Maestres de la orden jerosolimitana, habitado hoy por el gobernador inglés. En aquella noble mansión están colgados todavía los retratos de los mas ilustres caballeros que gobernaron á Malta. Vereis allí el retrato del gran maestro Pinto, tan celebrado por su severidad y desmedido orgullo; el de Rohan, á quien los malteses dieron mercedamente el alto título de príncipe sabio y benéfico; el de Hompesch, último gran maestro de la orden, y espulsado por Napoleon cuando los franceses ocuparon la isla en el año de 1792. Los habitantes de Valetta os enseñarán el noble palacio del señor Parisi, en donde se albergó el gran capitán de nuestro siglo, cuyo nombre acabamos de apuntar, y el puerto de San Pablo, en donde se presentó en acto amenazador y desplegando su soberbio pabellon la armada francesa. Vereis, por último, en Valetta la iglesia de San Juan, y su panteon subterráneo, que encierra en urnas de blanco mármol las cenizas de los mas esclarecidos perso-

najes y esforzados campeones de la orden, que se distinguieron por sus virtudes y militares hazañas.

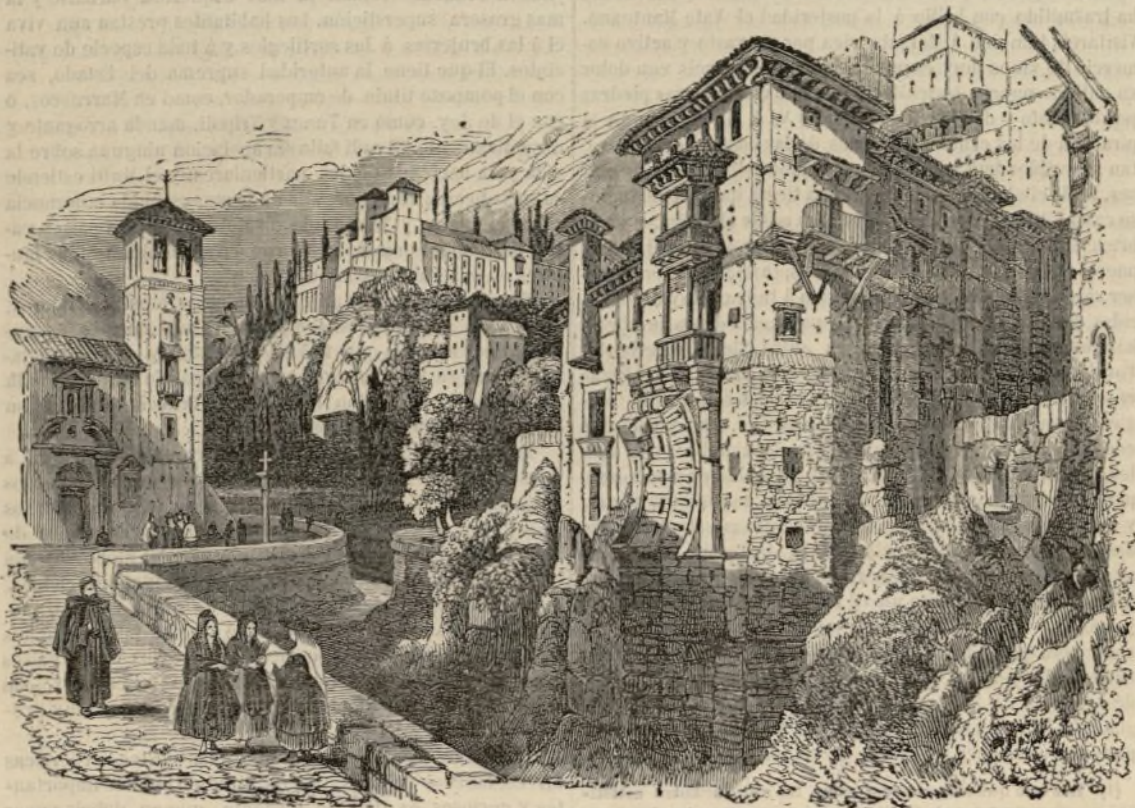
Malta y los islotes de Gozo y Comino, que forman un grupo en medio del mar, tienen ciento sesenta mil habitantes, de los cuales, treinta y dos mil residen en Valetta. Corea de nueve mil almas componen la poblacion de la Notable, antigua capital de la isla. El resto de los habitantes está distribuido entre otras pequeñas ciudades y aldeas.

En la Notable hay junto á su catedral la famosa gruta de San Pablo, en cuyo centro se encuentra la estatua de aquel Apóstol de las gentes, corroída por los años, y por la devocion de los fieles, que han arrancado algunos fragmentos de sus pies y de sus manos. El vulgo de los malteses cree que las piedras de esta gruta tienen la milagrosa virtud de sanar toda clase de enfermedades, y que no pueden agotarse, porque conforme se van quitando unas, hace San Pablo que nazcan inmediatamente otras. Estas piedras tienen la figura de pequeñas conchas, y son muy parecidas á la forma de una lengua humana, lo que dá á conocer que son un antiguo depósito de olas marinas.

La vista de la gruta, colocada al lado de la catedral, forma una hermosa perspectiva, que inspira recogimiento y devocion.

SALVADOR COSTANZO.

GEOGRAFÍA PINTORESCA.



Restos de un puente morisco sobre el Darro.